

SIMONE MORO



Desnivel
ediciones

Estrellas en el Annapurna

HERMOSA MONTANA, UNA GRAN AMISTAD Y UNA
TRAGEDIA EN PALABRAS DEL ÚNICO SUPERVIVIENTE

ESTRELLAS EN EL ANNAPURNA

Traductor: Martínez Malaxecheverría, Unai

Autor: Moro, Simone

©2011, Ediciones Desnivel, S.L.

ISBN: 9788498292206

Generado con: QualityEbook v0.35

PRÓLOGO

La decisión de publicar este libro no ha sido fácil. Era algo que nunca había hecho antes y desconocía cómo escribir un libro y los aspectos de su comercialización. Lo que siempre me había impedido involucrarme con los editores era, sobre todo, mi propia convicción de que no había nada especial o inusual sobre mí, o mi vida, como para merecer la pena escribir o ser leído.

A pesar de haber participado en más de veinte expediciones de montaña y haber practicado la escalada deportiva durante veinte años, todavía creo que escribir sobre uno mismo y exponerse a los lectores es un acto de vanidad que implica un riesgo elevado de sobrevaloración de las propias experiencias. Siempre he odiado a los aprendices de escritor que muy pronto se consideran expertos del mundo real, y viceversa.

Seguiría manteniendo esa distancia con los editores si no hubiera sido por los cientos de preguntas a las que he tenido que responder desde que, en 1997, tuvo lugar mi trágica expedición invernal al Annapurna, montaña de 8.091 metros, en el Himalaya.

Todos los años doy al menos una veintena de conferencias y presentaciones de diapositivas en Italia y por todo el mundo, describiendo mis expediciones y ascensiones. Siempre hay muchas -y bienvenidas- preguntas sobre esta expedición, en particular sobre la especial amistad que me unía al montañero kazajo Anatoli Bukreev.

Desde 1997 he recibido múltiples invitaciones de editoriales, pero, tras los primeros intentos de enfocar todo lo que ocurrió entonces, me encerraba en una burbuja de silencio. No quería ganar dinero con esto, a costa de la tragedia que afectaba a la muerte de un amigo, y decidí no aprovechar los críticos meses posteriores al accidente para contar mi versión de este triste suceso. Lo estoy haciendo ahora, después de lo mucho que ya se ha escrito sobre Anatoli Bukreev y tras la publicación de sus dos libros. También se ha hablado en numerosas ocasiones de la ascensión al Everest en 1996, cuando unas terribles condiciones meteorológicas provocaron la muerte de unos montañeros. Si mi amigo kazajo no hubiera estado en esa montaña aquel día, mucha más gente habría muerto.

A pesar de lo difícil que ha sido para mí tomar la decisión de publicar este libro y tratar con editores durante estos años, me ha resultado, sin embargo, muy sencillo e incluso necesario sentarme delante del ordenador a recordar lo que ocurrió hace cinco años¹ y revivir el fatal accidente de aquellas Navidades de 1997. Pocos meses después de volver de la expedición, las severas lesiones en mis manos habían cicatrizado. Lo que todavía me dolía era la herida abierta que tenía en mi interior, que me provocó la necesidad vital de pensar sobre lo ocurrido y sobre los momentos anteriores. Significaba revivir un mes entero de extremas dificultades y de esfuerzo físico en la montaña, así como los meses anteriores de preparación, las sesiones de entrenamiento y las numerosas reuniones y contactos con posibles patrocinadores para la expedición.

La mejor manera de hacer este análisis y recoger mis pensamientos era ponerlo todo por escrito. Así que éste fue el método adoptado para dar contenido a las imágenes mentales que tenía de mí y de mis compañeros en el Annapurna, y lo que estás leyendo es la versión impresa de una gran parte de estos esfuerzos. No he rellenado estas páginas con pormenorizadas descripciones o escribiendo capítulos enteros sobre los paisajes, o describiendo cuáles eran nuestros sentimientos. Tal vez esto sería más atractivo y profesional desde el punto de vista editorial, pero escribí esta historia para mí mismo, respondiendo y explicando todas esas preguntas con las menos florituras posibles. Los amantes del suspense o la épica se sentirán decepcionados. Este público podría encontrar mi libro útil para calzar una mesa que cojea o para protegerse la cara del sol en una siesta por la tarde en el jardín.

De todos modos, espero que tanto aquellos que acudieron a mis conferencias y no les quedaron claras mis descripciones, como los que no saben nada de mí de antemano, tengan una idea diáfana de lo que pasó cuando terminen este libro.

PRIMERA PARTE.

EL NACIMIENTO DE UN MONTAÑERO



SIMONE MORO CUANDO ERA NIÑO.

No puedo dar por sentado que todo el mundo sabe quién soy y conoce mi trayectoria deportiva, o la historia de Anatoli, antes de que nos encontrásemos, en mitad del invierno, en el Himalaya.

Nunca pensé que fuese necesario hablar de tales asuntos, pero me he dado cuenta de que toda nuestra aventura era en realidad la consecuencia lógica de nuestra madurez y de todas las emociones vividas a lo largo de nuestras vidas. Por lo tanto, he decidido no dejar a la imaginación del lector ni mi personalidad ni mis experiencias, sino dar una breve visión de los principales acontecimientos que hicieron posible que tuviera experiencias muy diversas, disfrutara de la amistad del montañero de Kazajistán y realizara numerosas ascensiones a las cumbres de mis sueños.

MI PASIÓN

Un sábado por la tarde, estaba en el garaje de casa, con la cabeza metida dentro de un viejo armario, curioseando entre lo que había pertenecido a mi abuelo (de quien tengo una fotografía con cuerda y un piolet...), jugando con el equipo de escalada de mi padre, quien se había matriculado en un curso de montañismo en el Club Alpino de Bergamo (CAI). Durante años escaló muchas montañas, y nos había llevado a mis dos hermanos y a mí a las montañas cercanas a nuestra casa y a los Dolomitas. A estas inolvidables excursiones familiares a menudo acudía mi madre, tal vez la más apasionada de todos nosotros, pero cuando la dificultad y la exposición de estas caminatas empezó a aumentar porque hacíamos vías ferratas, se vio obligada a venir con menos frecuencia. Entonces se convirtió en la organizadora de los festines reales que siempre esperaban a los cuatro lobos hambrientos a su regreso a casa, o al camping, después de sus escaladas.

Mi padre estaba muy contento, pero también preocupado, por las crecientes ganas de sus tres hijos por escalar y decidió ser un poco menos autodidacta y aprender las técnicas básicas de escalada con cuerda, con el propósito de darnos serios consejos, en lugar de advertencias sin sentido que siempre empezaban y terminaban con un «¡Ten cuidado!». Eso fue lo que le movió a hacer aquel curso, así como a continuar con sus modestas escaladas, e invirtió en nuestro equipo de escalada.

Por estos motivos tenía la cabeza metida en el armario. Soñaba también con dejar de ser sólo un escalador de cables de acero y vías ferratas y poder dar rienda suelta a mi entusiasmo, moviéndome libre por las paredes rocosas, subiéndome por las líneas dibujadas sólo en la mente de un pionero. En otras palabras, ya no me conformaba con ser un mero caminante, soñaba con ser un auténtico escalador.

Ese día, mi padre bajó al garaje y me vio con todo el equipo colgando a mi alrededor mientras imitaba los movimientos de un escalador. No era la primera vez que me observaba. A diferencia de mis hermanos, a medida que crecía yo me sentía cada vez más atraído por todas las superficies verticales, por el riesgo y por los deportes que requiriesen extenuantes esfuerzos físicos y el uso de las manos. Se acercó a mí y me dijo con una sonrisa:

—Mañana te voy a llevar a escalar a Cornagera, la escuela de escalada cercana a Selvino. Saca todo el material del armario, que lo vamos a ordenar; y quita esa escalerilla que tienes enganchada a la tubería del gas del techo, que te he visto engancharte a ella. ¡Vas a hacer que salgamos por los aires uno de estos días! Esta tarde iremos a la misa de sábado para que podamos salir mañana por la mañana temprano.

Apenas podía creer lo que estaba escuchando. Iba a trepar como un escalador de verdad, atado a una cuerda de verdad, seguramente podría usar alguna clavija... Así fue cómo empezó mi carrera como escalador; al principio con toda la familia, luego con mi padre en Cornagera, en una serie de torres de 25 metros de roca caliza que ha sido el lugar de entrenamiento de varias generaciones de escaladores de Bérgamo.

Todavía recuerdo aquella primera salida como un auténtico escalador. Ni tan siquiera paré a comer y pregunté a todo el mundo si era posible que pudiera meter algún seguro. Lo quería hacer con todas mis ganas, porque pensaba que eso simbolizaría mi unión con las rocas y con el mundo del montañismo.

Mi padre empezó a subir una de las torres más altas y se detuvo a cinco metros de llegar a lo alto de una de ellas, esperándome. Cuando llegué hasta él, me pasó su martillo y una clavija, y me dijo:

—Ahora escala tú primero. Coloca un pitón arriba para reforzar la reunión. Hazme una señal cuando pueda empezar a subir.

Era un largo sencillito, pero bastante expuesto. Las maniobras con cuerdas y mosquetones me las sabía de memoria tras haber leído varias veces los manuales, practicar en casa y usarlos en las vías ferratas con mis hermanos.

De este modo, el Torrione Garlini, en Cornagera, se convirtió en la primera escalada de un adolescente normal de trece años llamado Simone Moro.

En los años posteriores a este primer contacto con la escalada, los elementos que conformaron mi crecimiento fueron el colegio, la escalada, otros deportes de competición, jugar, mi familia y mi fe.

Lo que hicimos aquel domingo me causó una profunda impresión, y a pesar de que mis actividades deportivas nunca se habían limitado a una sola disciplina, siempre volvía con mucho entusiasmo a las superficies verticales. Muchas personas me han dicho que podría haber tenido el mismo éxito en otros deportes mucho más lucrativos que al que ahora me dedico, pero nunca he considerado seriamente la idea.

Tuve algunas tentaciones de seguir los pasos deportivos de mi padre, pero él hizo prácticamente todo lo que pudo para que yo no siguiese lo que él describía como «trabajos de Hércules». Mi padre fue un ciclista con mucho éxito. Corría todos los domingos en carreras ciclistas de aficionados en las que lo único fácil de ellas era el nombre. En aquella época, la gente ya solía entrenar todos los días a una velocidad media de 40 km/h. Salía a menudo con mi padre, y él estaba más preocupado de verme cerca de una bici que encordado. En resumen, tenía miedo de que sus éxitos influyeran en mí (en 1976 fue campeón provincial, regional y campeón italiano), y a pesar de que yo era bastante bueno sobre la bici, me disuadió de mi empeño ciclista.

Doce años después de aquella estimulante escalada dominical a la edad de trece años, me encontraba a bordo de un avión rumbo a Katmandú, con el objetivo de subir una de las cumbres más altas de la Tierra.

Dicho así, puede parecer una decisión precipitada e imprudente, pero el periodo de tiempo que separa estos dos momentos fundamentales en mi vida está repleto de días en las montañas, en las grandes paredes rocosas, con profesores que, después de mi padre, me enseñaron a perfeccionar mi técnica y mejorar mis habilidades.

Después de mi primer año de escalada, Alberto Consonni tomó el relevo de mi padre. Durante el año siguiente hice con él las primeras vías en grandes paredes, escalando de segundo con botas rígidas, y luego fui avanzando y utilicé un calzado más flexible y moderno, lo que ahora se llaman pies de gato. Los Dolomitas y las montañas de alrededor de Bérgamo y Lecco fueron nuestro campo de acción.

Fue durante esos años cuando la escalada libre (ahora reconocida y regulada como un deporte de competición) hizo su aparición. Como joven aventurero que era, inmediatamente me sentí muy atraído por esta nueva modalidad, que evita en la medida de lo posible el uso de clavos y otras ayudas artificiales.

Alberto entendió esta poderosa llamada y no tuvo ningún inconveniente en que yo decidiera seguir por ese camino. Pronto superé las habilidades técnicas de mi amigo. Mi edad y la cantidad de tiempo libre de que disponía me ayudaron mucho a progresar rápidamente.

Bruno Tassi, conocido como Camos (cabra montesa), fue el tercero y más importante de mis maestros. Tenía un método de enseñanza muy particular. Era menos protector y flexible que sus predecesores, pero muy efectivo. Uno tenía simplemente que aceptar el papel de alumno incondicional y nunca esperar lags ni frecuentes felicitaciones. Uno siempre podía hacerlo mejor.

En este periodo de mi carrera deportiva solía pedalear hasta un lugar llamado Nembro, una cantera abandonada que se había convertido en el lugar más cercano a Bérgamo para la práctica de la escalada en roca. Sólo está a 25 km ida y vuelta, más o menos, y fue el escenario de mis

extravagancias juveniles. La más sensacional de todas fue el ascenso, con pitones y sin cuerda, de una ruta equipada y bautizada por mí *Uscita di sicurezza (Salida de emergencia)*, graduada como 7c, o grado IX³. Esta vía no cuenta con ninguna repetición hoy en día, ni tan siquiera en top-ropo, lo que me hace dudar acerca de su dificultad... En aquellos bonitos días antes de la mayoría de edad.

Gracias a Dios, todos estos impulsos salvajes llegaron a su fin debido al encuentro con Camos, quien, además de ser uno de los precursores históricos de la escalada libre en Italia, era también un incansable aperturista de rutas en libre. Continuamente lo pagaba todo de su bolsillo, equipando rutas nuevas y seguras para la práctica de la escalada libre. Los pitones y las reuniones sólidas eran necesarios para proteger a los escaladores y mantenerlos anclados a la pared, pero las manos y los pies tenían que estar siempre y obligatoriamente en la roca. ¡Pobre de ti, si utilizabas una clavija para agarrarte a ella o, peor aún, si tenías miedo de caerte!

—Es como saltar desde un avión sin confiar en tu paracaídas solía decir Camos.

Yo mismo puse los seguros, y lo hice correctamente, para que aguantasen en caso de caída. Además, hoy día las cuerdas están hechas a prueba de bombas.

—Si tienes miedo a caer, es mejor que lo dejes. Si te gusta, voy a enseñarte a no tener miedo —me advertía Camos.

De este modo, a menudo me encontraba atado a una cuerda y saltando desde puentes (hoy a esto se le llama bungee-jumping, pero nosotros ya lo practicábamos por aquel entonces), o escalando vías equipadas por Camos desde las que luego me lanzaba al vacío para ganar confianza y demostrarme a mí mismo, pero sobre todo a mi instructor, que yo no tenía miedo.

Puedo afirmar, sinceramente, que hoy día no tengo miedo a caerme de ninguna vía, siempre y cuando los seguros estén bien puestos. Al final, tanto lanzarse tuvo su resultado.

Con Camos llegó el muy difícil grado octavo (X+), y las competiciones de escalada. Nunca he estado en lo más alto del podio, siempre me quedaba bastante por debajo, entre los ocho primeros, y eso hacía que Camos estuviera satisfecho...

Siempre volvía a las montañas, especialmente a los Dolomitas. Me acuerdo de cuando tenía diecisiete años, yendo en moto con mi amigo Tiberio Riva para subir la vía *Comici* en la Cima Grande di Lavaredo. Llevé a cabo muchas hazañas similares a lo largo de los años, la mayoría de las veces sin que mis padres lo supieran...

También comencé a practicar la escalada en hielo, y durante mis dos años en el servicio militar, como oficial en un regimiento alpino, tuve la oportunidad de convertirme en instructor de escalada y de hacer numerosas ascensiones en las grandes montañas de los Alpes.

Fue así como una simple, variada y a veces extraña formación como montañero me llevó a embarcarme en aquel avión rumbo al Everest durante el otoño de 1992. Durante años, los libros de Reinhold Messner habían estado en mis estanterías, y sus pósteres, junto con algunas fotografías del famoso escalador Maurizio Zanolla, *Manolo*, adornaron la cabecera de mi cama. Ambos eran los ídolos que me inspiraban, y a los que un día quería conocer.

POR ENCIMA DE LOS 4.000 METROS

La expedición a Katmandú, con fines deportivos y científicos, estaba patrocinada, entre otros, por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas Italiano (CNICI), y, junto con los objetivos puramente alpinísticos, se quería llevar a cabo una investigación científica.

La expedición fue un éxito, al menos en lo que a la montaña se refiere. En cuanto a los aspectos científicos, nunca fui capaz de entender o ver los resultados de todas las muestras de sangre y pruebas de tensión que nos realizaron por encima de los 5.000 metros. Después de la expedición de 1992 participé en otra en el año 1994, también a cargo del CNICI, al Lhotse (8.516 m). Por aquel entonces, estaba estudiando la carrera universitaria de Educación Física. También estaba interesado en los efectos que la altitud tiene sobre el organismo. Pero al final nunca recibí ninguna documentación o información relativa a la investigación. Tal vez yo no tuviese derecho a ella; sin embargo, pude conocer a algunos científicos de primer nivel y apreciar su trabajo profesional. Lo que sé acerca de sus experimentos lo averigüé al comprar revistas científicas extranjeras y leyendo artículos científicos, o a través de las informaciones directas del doctor Colombini, de quien guardo un gran recuerdo.

En lo que a mí respecta, la primera expedición al Everest fue mal porque tuve un principio de edema cerebral a 7.400 metros, ya que había acortado el tiempo necesario para que mi cuerpo se adaptara a esa gran altitud. Me había estado moviendo mucho, rápida y enérgicamente, hasta aquella noche en el campo III, cuando me puse muy enfermo.

Giuseppe Petigax, Edmond Joyeusaz y Marco Barmasse fueron los compañeros y amigos que me bajaron hasta una altitud inferior, dándome la oportunidad de recuperarme y sobrevivir. Nunca he olvidado lo que hicieron por mí y estoy muy satisfecho de haber podido devolver ese mismo favor a otra persona en el año 2001, seiscientos metros más arriba y en esa misma pared. El rescate que llevé a cabo diez años más tarde, en solitario, sin oxígeno y por la noche, brindó la oportunidad de seguir con vida a un joven inglés al que no conocía por entonces y que se encontraba en estado crítico, justo como yo me encontraba años atrás. Gracias a que mis amigos me rescataron, yo pude salvarle.

Durante la expedición de 1992 comenzó mi amistad con Lorenzo, que era un año mayor que yo. Su apellido era Mazzoleni y era muy conocido en los círculos de escalada en Lecco —y no sólo allí— como un joven y prometedor escalador de espíritu generoso y talento en la montaña. Era el típico chico con el cual es fácil llevarse bien, ya fuese encordado en una pared de roca, ya fuese bailando en una discoteca. Siempre estaba alegre y dispuesto, y era un entusiasta de la vida. El alpinismo era una parte de su vida, pero no la totalidad de ella.

Con Lorenzo planifiqué mi segunda expedición, y el objetivo era ciertamente muy ambicioso. Queríamos ser los primeros en escalar la temible cara Sur del Aconcagua, una pared de casi 3.000 metros, en el invierno austral. Teníamos la intención de seguir la ruta trazada por Messner años atrás y queríamos hacerlo en estilo alpino, sin establecer campos de altura y sin emplear cuerdas fijas.

Un periodo de frío intenso era sin duda lo que nos estaba esperando, así como una escalada de extrema dificultad técnica. El 5 de julio nos fuimos a Argentina, acompañados por nuestro amigo Alberto Montanelli. Ésta fue la expedición en la que tuve mis primeras experiencias dramáticas. Este tipo de momentos han llamado a mi puerta dos veces desde entonces, la segunda vez sería en las Navidades de 1997.

El Aconcagua, de 6.962 metros, es el pico más alto del todo el continente americano, y es bastante fácil de escalar si se aborda desde la cara Norte, pero extremadamente difícil desde la cara Sur, el lado que habíamos elegido.

Hizo muchísimo frío y viento durante toda la expedición. Utilizamos esquís de travesía para cubrir los 40 km que había más o menos desde la carretera más cercana a la base de la pared. Repetimos los porteos varias veces para transportar todo el material necesario, establecemos en el campo base y sobrevivir durante el tiempo que durase esta expedición.

La bienvenida que nos dio el Aconcagua con su clima infernal fue en forma de una tremenda tormenta que arrasó el campo base, y destruyó dos de nuestras tiendas de campaña. Nos vimos obligados a cavar plataformas por debajo de algunas grandes rocas y levantar allí nuestro nuevo campamento. Pedimos prestada otra tienda al guarda del parque, con la promesa de utilizarla en la montaña y devolvérsela de una sola pieza.

En Mendoza compré un termómetro de madera, capaz de registrar temperaturas de hasta -50 °C, confiando en que nunca llegaría, ni de lejos, a su tope. Nos volvimos a equivocar al establecer el campo base donde lo hicimos. La mañana en que salimos hacia la pared para empezar nuestra escalada el termómetro marcaba -46 °C.

Esa misma mañana, no sé si por los nervios o porque era una demanda fisiológica normal, tuve la necesidad de vaciar mis entrañas antes de empezar a escalar la cara Sur del Aconcagua. Por otro lado, estaba contento de que esto hubiese ocurrido antes de empezar a escalar y no en mitad de la pared.

Lorenzo y yo teníamos unos trajes nuevos y extremadamente calientes para las grandes altitudes, de color amarillo con líneas rojas y azules. Podíamos ser vistos fácilmente en el glaciar, e incluso en mitad de la niebla podíamos reconocernos entre nosotros. Sin embargo, estos trajes no tenían la cremallera trasera que es esencial para estas circunstancias, con el fin de exponernos al frío lo mínimo posible. Las únicas opciones eran o quitarnos el traje hasta las rodillas, o llevar a cabo un proceso largo y laborioso, abriendo las cremalleras que estaban en la parte interna de las piernas.

Opté por la primera solución, que, aunque traumática, era la más rápida. Me distancié por un momento de Lorenzo e hice un agujero en la nieve fresca que nos rodeaba, intenté quitarme el traje por las cremalleras que había en la parte interna de las piernas, pero las polainas me lo impidieron porque estaban congeladas, así que me tuve que quitar el traje. Cuando terminé me lo puse lo más rápido que pude, metiendo los brazos por las mangas, abrochándome la cremallera hasta el cuello y poniéndome también la capucha. Fue en ese momento cuando me di cuenta de que no había sido muy hábil... me lo había hecho todo dentro de la capucha, y acababa de ponérmela sobre la cabeza a -46 °C. No diré nada más, pues el resto os lo podéis imaginar.

Sin embargo, mis desgracias no habían terminado. Lorenzo y yo empezamos a escalar rápidamente. Nos habíamos puesto los cascos debido a las rocas que caían continuamente (aunque, en realidad, yo llevaba puestos dos cascos, uno de ellos *orgánico*).

Durante los primeros quinientos metros progresamos por la pared muy deprisa. Lo hacíamos desencordados y en paralelo, por la pared helada. Cuando llegamos a la base de la primera sección con roca, nos empezamos a asegurar. Las fisuras estaban rellenas de hielo, así que teníamos que avanzar usando los piolets y las manos alternativamente. Nos habíamos puesto de acuerdo en que yo iría primero, aprovechando mis habilidades técnicas, mientras que a Lorenzo le tocaba escalar con las dos mochilas.

Por la tarde, llegamos a las famosas torres de arenisca, que suponen las mayores dificultades técnicas de la pared. Nos hicimos un hueco, lo suficientemente grande para instalar la tienda que nos habían dejado, que resultó ser muy ligera. También preparamos algo para beber y comer. En cuanto nos tumbamos, empezamos a pensar en el día siguiente y tuve la delicadeza de colocar mi cabeza junto a los pies de Lorenzo, para no perfumarle con mi nuevo pelo teñido.

El nuevo día llegó con una bonita helada llamando a la puerta de nuestra tienda, así que tranquilamente salimos de los sacos, desayunamos y lo recogimos todo.

Había dos largos muy difíciles, con unas inclinaciones del 70%; en ellos usé clavos de hielo, insertándolos en las fisuras, asegurándome a viejos cordinos y progresando con los piolets por la pared (a esta técnica de escalada hoy se la llama *dry tooling*, pero entonces sólo era un recurso desesperado). Me las arreglé para llegar a dos pitones fijos en la roca, dejados allí por alguna otra cordada en un ascenso anterior. Estaba bañado en sudor bajo mi traje, mientras que mi cara estaba llena de hielo, una monstruosidad. Me volví para asegurar a Lorenzo, todavía jadeante, y le hice una señal para que subiera. La forma en que subió acarreado las dos mochilas fue increíble.

El segundo y último largo era una chimenea muy larga y estrecha donde había que retorcerse para seguir progresando, con los crampones puestos. Sin la mochila era difícil, pero no imposible. No sé cómo se las arregló Lorenzo para subir hasta la mitad de la chimenea con las dos mochilas. Fue en ese punto cuando dejó una de las dos mochilas y subió con la otra puesta. Después, cuando llegó a la reunión, me di cuenta de que había atado una cuerda a la mochila abandonada, de tal modo que pudimos subirla simplemente tirando de ella. Después de eso, Lorenzo dijo, con una amplia sonrisa:

—¡Parecemos sardinas en lata!— Ya hemos pasado las mayores dificultades técnicas y ahora nos toca enfrentarnos al glaciar colgante a 6.200 metros. Después de eso, no hay más dificultades de carácter técnico. Simplemente nos queda la cascada de hielo de la variante *Messner*, pero eso no es nada comparado con lo que acabamos de hacer.

Tras un breve descanso, nos pusimos en marcha otra vez, superamos secciones de una dificultad inesperada y también pudimos, con muchas dificultades, superar el glaciar colgante. Pero durante las últimas horas la niebla nos había rodeado y el cielo se había nublado de una manera que nos preocupaba. Por debajo de nosotros, 2.000 metros de pared con tan sólo dos seguros y un montón de hielo y nieve. Nadie había seguido nunca esta ruta.

Todavía nos quedaban setecientos metros para llegar a la cumbre, y el glaciar colgante que rompía la verticalidad de la pared disimulaba la sensación de vacío.

Después de meternos en la tienda y en nuestros sacos de dormir, preparamos la cena y tuvimos una seria discusión sobre el tiempo y la necesidad de empezar muy temprano al día siguiente en nuestro intento de hacer cima, para disponer de la luz suficiente a la hora afrontar el fácil, pero largo, descenso por la cara opuesta.

Pero estuvimos cuatro días en nuestro pequeño refugio de lona. Maltratados por el viento y enterrados más de una vez por las abundantes nevadas y por las pequeñas avalanchas que, de vez en cuando, barrían la ladera que había por encima de nosotros.

Terminamos con toda la comida y el gas, y al cuarto día sólo nos quedaba un pequeño trocito de pan y media lata de atún para los dos. La montaña nos dio una última advertencia. Mientras estábamos adormecidos en el calor de nuestros sacos, escuchamos un extraño y muy sospechoso sonido. A los pocos segundos, una enorme masa de nieve golpeó el costado de la tienda que daba a la parte superior de la ladera, la destruyó completamente y se llevó por delante a los dos desdichados que buscaban refugio en su interior.

Recuerdo que mi cabeza estaba apoyada en una cacerola y que yo estaba en el lado en el que la masa de nieve nos había golpeado. Me había lanzado sobre Lorenzo y a cada segundo me sentía aplastado por un peso cada vez mayor. En esos pocos segundos en los que empezamos a notar la presión de la nieve, grité «¡Fuera, fuera, es una avalancha!», pero, en realidad, no podíamos hacer nada. Estábamos atrapados en nuestros sacos de dormir, envueltos y retorcidos en una maraña de varillas de aluminio.

En esas circunstancias, sólo podía mover un brazo, pero fue suficiente para salir de esa situación. Me las arreglé para alcanzar un piolet y hacer una raja en la tienda. Luego, cogí la cacerola, que estaba debajo de mi cabeza, y cavé un poco hasta que pude liberar mi otro brazo. La nieve había entrado dentro de los sacos y nuestras botas estaban desperdigadas por la tienda; había nieve por todos lados y reinaba una absoluta oscuridad. Pasó un rato hasta que Lorenzo se pudo mover, y entre los dos pudimos salir a la superficie de la nieve congelada del Aconcagua.

Seguimos usando la cacerola para limpiar la tienda hasta que encontramos la pala y retiramos toda la nieve que quedaba en nuestra pequeña tienda prestada.

Nos las arreglamos para resolver en cierto modo la situación, volver dentro de lo que quedaba de tienda y pasar la noche. Pero teníamos que tomar una decisión definitiva. Si no bajábamos, moriríamos.

Durante los días anteriores había usado una cámara de video para filmar gran parte de nuestra escalada, pero nunca imaginé que grabaríamos «nuestras últimas palabras» con ella. Nos grabamos el uno al otro, por turnos, contando todo lo que había pasado, para que, si moríamos y alguien en el futuro encontrara la cinta, supiese lo que había pasado. Guardamos la cámara en la mochila y emprendimos el descenso hacia la vida, por toda la ruta que acabábamos de subir, sin ninguna cuerda fija.

Teníamos muy pocas clavijas, dos cuerdas de ocho milímetros y 2.000 metros por debajo de nosotros, nuestras huellas se habían borrado y la niebla hacía imposible la orientación.

Así comenzó una serie interminable de rápeles y subidas por la misma cuerda. Fueron innumerables las veces que nos perdimos. Discutíamos todo el tiempo sobre puntos de referencia que nos resultaban familiares, sobre rocas que creíamos haber visto mientras subíamos. A veces nos sentíamos esperanzados, pero cuando nos acordábamos de la ruta por la que habíamos ascendido, bajábamos en silencio. En un momento dado, nos encontramos en lo alto de un desplome sobre el abismo, a partir de ese punto era imposible seguir bajando. Usamos todo el material que teníamos y toda nuestra imaginación para improvisar anclajes a lo largo de esos dos kilómetros verticales.

Por la noche, exhaustos e incrédulos, nos dimos cuenta de que habíamos llegado a la parte inferior de la cara. Nuestro universo vertical había terminado y caminábamos al nivel del suelo.

Fue sólo entonces cuando realmente nos dimos cuenta de que podíamos salir de ésta con vida. Nos abrazamos y nos hicimos una foto juntos. Decidimos seguir adelante sin descansar y recorrer los 40 kilómetros que nos separaban de la carretera, y de la vida. Nuestros cuerpos funcionaban sólo por la voluntad de vivir que teníamos, tras caminar toda la noche llegamos a un pequeño hotel fronterizo entre Chile y Argentina, a pocos kilómetros de la carretera.

Una semana después, subimos la montaña desde el lado opuesto en tan sólo 13 horas, llenos de energía furiosa, logrando convencer al Aconcagua de que fuese amable con nosotros.

LA VIDA SUSPENDIDA DE UNA CLAVIJA: FITZ ROY, 1996

Esa experiencia en la cara Sur del Aconcagua fue mi primera batalla real por la supervivencia, y aprendí mucho sobre mí mismo. Me sorprende lo fuerte que puede ser la fuerza de un hombre cuando está realmente determinado, decidido a vivir y se niega a rendirse ante la muerte.

Nunca imaginé que tres años más tarde el destino, una vez más, me tuviese reservada otra batalla por la vida, durante las Navidades de 1997, en las que tuve que luchar por mi vida otra vez.

De nada sirve retirarnos dentro de nuestros hogares o refugiarnos en vidas acomodadas de lo que el destino nos tiene preparado. Incluso cuando nos escondemos en nuestros hogares, las enfermedades o accidentes pueden llegar por sorpresa y, sin previo aviso, entrar y atacarnos, poniendo nuestra resistencia a prueba. Muchas veces un destino implacable nos obliga a librar batallas sólo para recordarnos que la muerte está ahí. Otras veces tenemos que luchar mucho para librarnos de ella.

Por eso no creo que huir de las montañas sirva para evitar estas pruebas. Tal vez podrían haber llegado de diferentes maneras o en diferentes momentos. A lo mejor, si me hubiera visto luchando a mí mismo contra la frustración, sentado en el coche en mitad de un atasco o luchando contra un amor no correspondido, habrían llegado en una forma diferente o en otro momento.

Al Aconcagua le siguieron otras expediciones y otras aventuras. Algunas con cimas y éxitos, otras ensuciadas por las lenguas venenosas de mi semejantes. Yo también he sufrido por los latigazos de las críticas y las envidias. Nada es inmune a esto. Cuanto más haces, más molestas a la gente, y ni estar en silencio te puede salvar de ello.

El 4 de enero de 1996 me puse en camino hacia una aventura personal para añadir una nueva pieza al mosaico que compone mi vida.

A principios de ese año, mis compañeros de avión serían los mismos amigos con los que, ocho meses después, coincidiría en el Shisha Pangma, y donde me encontraría con el gigante kazajo Anatoli Bukreev. A partir de entonces él se convertiría en mi compañero de escalada y en el más sincero y cercano amigo que la vida me ha brindado.

Me dirigía a Argentina, esta vez a la Patagonia, donde nunca había estado, pero como todos los montañeros había pasado innumerables horas leyendo sobre aquellas montañas y grandes escaladas en los picos Fitz Roy, Cerro Torre, las Torres del Paine...

Algunos de los mejores alpinistas de Lecco, mis vecinos, habían realizado hazañas heroicas en los lisos muros de granito; a éstos hay que añadir los nombres de Salvaterra, Giarolli y Sarchi, quienes han jugado un papel determinante en el montañismo en la Patagonia.

Además de los nombres de los picos y sus gentes, también había leído mucho sobre las escasas probabilidades de éxito que las expediciones tienen, debido a las muy desfavorables condiciones meteorológicas que allí se dan, con tan sólo veinticinco o treinta días de buen tiempo al año y constantes vientos huracanados. Por lo tanto, era muy consciente de la necesidad de controlar mis emociones y estar dispuesto a reservar energías, para darlo todo cuando el tiempo lo permitiera.

Adriano Greco y Alexia Zuberer fueron mis compañeros en el avión y durante el mes que pasamos en suelo argentino.

Conocía a Adriano desde hacía algunos años. Me habían llegado noticias sobre sus brillantes e irrepetibles victorias en esquí de fondo y en maratones de montaña en altitud (*sky running*).

No conocía a Alexia en persona, pero tenía una confianza absoluta en el juicio de Adriano. Sabía que ella era campeona de esquí de fondo, una chica sencilla, amigable, siempre con una sonrisa en la cara. Durante las largas horas de mal tiempo en Patagonia, que ya teníamos previsto, ella fue un gran estímulo para nuestra moral. Y cuando luciera el sol, sería una gran ayuda para alcanzar la cima. Los tres queríamos escalar la cara Este del Fitz Roy, por una vía llamada *Supercanaleta*, una escalada de 2.250 metros. Ésta es una ruta poco transitada en comparación con la más corta franco-argentina, en la cara opuesta. Por lo tanto, y como primera vía, estábamos siendo muy ambiciosos con nuestro reto.

Llegamos a Buenos Aires y luego a Río Gallegos en avión, y desde allí, tras dos días en minibus, a El Chaltén, el último pueblo antes de los senderos que conducen a la base de los gigantes de granito.

Contratamos dos gauchos y cuatro caballos para llevar todo nuestro material al refugio de Los Troncos, a 535 metros sobre el nivel del mar, donde Ricardo, guarda y único residente, dirige un camping.

Llegamos hasta allí a pie, ya que los caballos servían para llevar nuestro equipaje. Fue un agradable paseo por unos bosques preciosos, con la naturaleza esculpida por el viento y los elementos.

Cinco días después, Alexia, Adriano y yo estábamos al pie de la *Supercanaleta*, tras haber flanqueado el puerto de montaña llamado Cuadrado y haber bajado al glaciar del Fitz Roy, que bordea la totalidad de la cara Oeste y pasa por debajo de las paredes de la Guillamet y las torres Marmotz.

Instalamos nuestras tiendas debajo de una roca de granito enorme que ofrecía generosa protección y seguridad de la furia del viento.

Pero al caer la tarde, el Fitz Roy nos advirtió con furia, mediante un rugido ensordecedor, de que el largo del canal rocoso por el que pensábamos subir estaba siendo tragado en ese momento por un enorme alud que rompía la paz del silencio. Se tragó todo lo que no estaba firmemente anclado a la pared. La nieve, las placas de hielo y los trozos de granito del tamaño de una mesa eran la ofrenda amenazante que el Fitz Roy había depositado a tan sólo 200 metros de nuestra tienda. Tras este sobrecogedor incidente, en cuestión de segundos el silencio volvió a caer, sólo roto por los rugidos del viento.

Nos miramos unos a otros y Adriano dijo:

—Tengo la impresión de que esto no va a ser un paseito entre las flores.

—Menos mal que ha pasado ahora —le contesté, para romper la tensión—. Ahora sabemos que nada más se puede caer de la pared... hasta la próxima avalancha.

Adriano asintió con la cabeza y nos pusimos de acuerdo sobre dónde poner el campamento el día siguiente. No hubo que convencer mucho a Alexia, ya que estaba esperándonos metida en la tienda...

Pasada la noche, montamos el nuevo campamento y salimos rápido como dos cabras montesas. Esto era normal para Adriano y, tan pronto como nos adentramos en el estrecho corredor de granito vertical, nuestros pies tomaron alas.

Nos aseguramos para no pagar con la vida el error de alguno de nosotros. Rápidos y nerviosos, subimos con nuestros piolets y crampones casi sin interrupción, y en sólo tres horas y media estábamos a tan sólo 200 metros de la salida del corredor, a 2.800 metros de altitud. Pensábamos que casi habíamos terminado con las dificultades serias y nos encontrábamos a punto de empezar los últimos y directos 400 metros. Pero eso habría sido demasiado fácil y una falta de respeto a las épicas luchas que otros montañeros habían librado por poner un pie en

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

